

porque quien la trina es hada!
Melodía sollozada
sufro y gozo al comprenderte!
Y juro que de tal suerte
no hablas a todos lo mismo,
prez de sangre, flor de abismo,
luto y gloria de la muerte!

¡Soprano! en mi último día,
otórgame, por maltrecho,
pedirte, aunque sin derecho,
en murmullo de agonía,
por tu nombre de judía
y tu belleza de mora,
el aria recordadora,
y hallar el fúlgido ayer
en tu canto de mujer
y con su risa de aurora!

¡Cuál entonces tu virtud
al ansia en la dura espera,
cavatina milagrera,
y cuánta mi gratitud!
¡Precede al sordo ataúd
armonía blanda y fuerte!
Dios me depare obtenerte,
como fúnebre lirismo,
prez de sangre, flor de abismo,
luto y gloria de la muerte!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(Envío de P. H. U. México, D. F.)

Dentro de mucho tiempo...

Dentro de mucho tiempo, una tarde do-
rada,
por tu calle que hoy rehuyo de nuevo pasaré,
y tú sorprendida, mirándome de pronto,
volviendo a tus recuerdos, murmurarás:
[«Es él...!»]
¡Todo estará tan lejos! De nuestra adoles-
cencia
solamente un borroso recuerdo quedará,
perdido entre las sombras de nuevas inquie-
tudes
con que la vida llena nuestra alma sin cesar.
Todo estará tan lejos! En rápido desfile
añorarás las horas de nuestro ingenuo amor,
y sentirás entonces, confusa y ruborosa,
una dulce nostalgia ante esta evocación...
Yo miraré tus ojos, con mi mirada triste
que encierra los reproches que nunca te diré,
y cuando pienses en tu desdén injusto
como un remordimiento has de sentir tal-
vez...

Dentro de mucho tiempo, una tarde do-
rada,
por tu calle que hoy rehuyo de nuevo pasaré,
y tú sorprendida, mirándome de pronto,
quién sabe cuántas cosas recordarás también!
Y luego, cuando enciendan sus luces las
estrellas,
y sueñes con las cosas que nunca han de
volver,
evocando tus glorias, tu juventud lejana,
mi cariño sincero, murmurarás: «Era él!...»

RUBÉN YGLESÍAS HOGAN

Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra dantesca a mi lejana amiga, la gentil señorita Lolita Notari, en San José de Costa Rica.

XV

ADORABLE amiga mía, cuestión se-
cular la del Papado y el Imperio:
en las lejanías de los tiempos se pre-
senta en la llamada lucha de las inves-
tiduras; más recientemente, bajo Fe-
derico II, cuando surgieron del
conflicto las breves de Inocencio III,
las epístolas de Pier de la Vigna
y de Tadeo de Sessa. Luego el pro-
blema se hizo más complejo con Bo-
nifacio VIII, Clemente V y Juan XXII.
Bonifacio pretendía ejercer la autoridad
imperial, al efecto lanzó la bula *Unam
Sanctam* en la que sostiene que el do-
minio del universo entero e correspon-
de al Vicario de Cristo sobre la tierra.
Posteriormente Clemente V, por las
mismas razones tuvo sus dificultades
con Enrique VII; después el Pontí-
fice Juan XXII con su bula *In nostra
et fratrum*, reclamó para el Papa los
derechos de Emperador, ya que Dios,
en la persona de San Pedro, le había
confiado el imperio terrenal y celest-
ial. Defendían entonces los dere-
chos del Imperio, Uguccione della
Faggiuola, Mateo Visconti y Cangran-
de, el magnífico Señor de Verona, el
hombre por quien mayor veneración
sentía Dante.

Nace en ese momento crítico el tra-
tado *De Monarchia*, en el que estudia
cómo la monarquía sea necesaria y
suficiente para asegurar el bienestar
humano, cómo el pueblo de Roma,
con verdadero derecho, adquirió el
imperio del mundo y cómo la autori-
dad del Emperador le viene directa-
mente de Dios y no por intercesión de
ningún vicario suyo en la tierra.

Unidad para regular, concordia en-
tre los gobernados, justicia que no se
vea ofuscada por la ambición de los
directores y por la impotencia de los
dirigidos, libertad amplia para éstos y
para aquéllos; tales son las cualidades
que pregona el Altísimo Poeta y que
encuentra en el gobierno del Monarca
suyo: Sabiduría, Amor y Virtud son
el alimento preferido de su Emperador
como lo afirma en el *Infierno*, preci-
samente en el canto primero.

El segundo libro de este tratado po-
lémico empieza con una fuerte protes-
ta contra los reyes y príncipes que se
han constituido en adversarios del Sa-
cro Imperio Romano: parece el canto
de guerra de las walkyrias al iniciarse
las batallas en las que han de recoger,
para llevarlas al eterno goce de las
beatitudes celestes, las almas que por

su heroísmo, en la tierra, supieron
distinguirse.

El pueblo romano comprendió y
veneró siempre el Derecho; con el De-
recho dominó al mundo, puesto que,
basándose en él, rindió pleito home-
naje al bienestar de todos y de cada
uno, como lo hicieron Cincinato, Fa-
bricio, Camilo, Junio Bruto, Mucio
Scévola, Catón y tantos otros que fue-
ron ejemplo magnífico de sincera ab-
negación.

El tercer libro define la autoridad
imperial; para él es una concesión di-
recta de Dios sin que en ella tenga
parte alguno el Sumo Pontífice; niega
al Papa el dominio temporal autónomo
sobre Roma o sobre cualquiera otra
ciudad, concediéndole la soberanía
sobre una población—sin excluir la
romana—siempre que la ejerza con el
objeto único de administrar bienes
que están al servicio de la religión y
de los pobres en Jesucristo.

El Emperador es inspirado por Dios
en aquellas decisiones que se relacio-
nan con la consecución de la felicidad
humana de acuerdo con las doctrinas
filosóficas. Los dos poderes, el tempo-
ral y mudable, y el espiritual y eterno,
deben estar separados; los dos guías
de la Humanidad no deben turbar con
sus recíprocas ambiciones la armonía
que Dios ha establecido para que la
gracia divina, residente en el Papa, y
la sabiduría humana, ejercida por el
Emperador, cumplan con la sacrosanta
misión no de dominio, como algunos
equivocadamente han supuesto, sino
de amoroso sacrificio por parte de
ambos conductores de la humana
grey.

Como vas, inolvidable compañera
de mis años de ensueños, este libro,
que muy pocos conocen, es de una
importancia capital para quien desea
conocer las ideas del Grande Floren-
tino que sintió, en la mitad del cami-
no de su existencia preciosa, el deseo
intenso de llevar consuelo a los con-
denados del Infierno, cariño sincero a
los que, llenos de esperanza, en el
Purgatorio entonan laudes a la Su-
prema Bondad y admiración a los
bienaventurados que en el Paraíso go-
zan de la Eterna Presencia del Amor
Perfecto que mueve el Sol y las demás
Estrellas.

Y a seguir al Poeta inmortal, en
ese viaje milagroso me preparo. Con
él, con Virgilio, con Beatriz y con